

Y la crítica a la adaptación de los usos estadounidenses en Caracas que Picón Salas aprovecha de hacer, en ocasión de contarle a Reyes de los males que lo amenazaban (27 de marzo de 1954):

"De mí, poco grato puedo decirle; trabajo en mil cosas para ganarme la vida en esta ciudad tan cara y exigente (sic), eso —como es natural— me afecta la salud, se me revuelve el hígado y me sube la presión arterial por tantas cosas incómodas. En verdad es que en esta época del 'comfort yanqui', vivimos con el alma completamente inconfortable"... (p. 130)

También es de destacarse cómo, a través de este libro, entre Reyes y Picón Salas se estructuró y solidificó una amistad inquebrantable que nació con la admiración que el merideño sentía por el maestro mexicano, la cual nunca se fracturó, porque estaba amalgamada por el respeto mutuo. Esa firme amistad se testimonia en el trato de "Marianísimo" que Reyes le da a Picón Salas, al igual que en el título de "Madama" y "Doña Biche" que le asigna a Beatriz Otañez, su esposa (p. 131: nota 153 y p. 132).

Y la cimentación de la admiración y el respeto del discípulo por el Maestro queda ratificada en la última carta (30/11/1959) que incluye el libro y que desde Francia le dirige Picón Salas a Reyes. En ella le comenta que había recibido el libro *La Filosofía Helénica* de

él y que su lectura le había satisfecho porque:

... "¡Qué agradable estudiar a Plotino y al helenismo judaico en su amable compañía!"... (p. 150).

Miguel A. Rodríguez Lorenzo

El poeta de quien les hablo

Alberto José Pérez, *El poeta de quien les hablo*. Barinas, Alcaldía de Barinas, 1999.

Cuando puse en mis manos Alberto José Pérez, luego yo ante mis ojos, esta antología titulada *El poeta de quien les hablo* (Barinas, 1999), quise leerla con la misma disposición de mi anterior estudio de sus poemas con el cual compuse mi ensayo "Saeta es el tiempo", más no pudo ser, aunque me encontraba esencialmente ante el mismo trovador —"Soy yo / quien me habla"— ahora se situaba en otro horizonte expresivo, sobre todo a partir de su libro *Olor de amor*. No era ya aquel joven guerrero del vocablo selvático quien decía con arrogancia de llanero orgulloso de serlo "acaricio la furia / como un perro de caza", ni tampoco el vate cuya voz se abría a todos los panoramas de la montañaz llanura plena de luz, de lluvia, de ríos, incitante eterna de la libertad, y el bardo en bellos versos exclamaba "Ando por ahí / como el viento". No. Eleva hoy

por hoy el poeta sus composiciones hacia otros espacios del lenguaje lírico apoyado en una rítmica de aparente diafanidad donde sin embargo vibran densas estrofas para poetizar la extraña sed de aquel saber más allá del campo expectante de lo sensorial y de la apariencia de las cosas. Henchido de coraje como siempre, pero "Amarrado / con hilos de oro", acepta el encantatorio reto del arcano situado detrás de las representaciones de la extensa morada circundante. Al presente es la espiritualidad, la intuición estética del tiempo, el azar, lo fortuito de los días; la muerte cual puerta hacia un reto ignoto, velado; la esperanza hecha sólo de silencio. "Sólo este intento de acercarse a tu memorial / me devuelve la ingrimitud / que has creado para el tránsito de un hombre."

Pareciera como si el poeta recorre de nuevo su historia — la cual no fue otra cosa sino un permanente dialogar de la poesía con la vida— para explicar la sorpresa de existir en un presente múltiple, cambiante, lleno de malabarismos, soslayar la inevitable parada varonil, algún día, ante la muerte. Por eso el amor, esa jugada contra la nada, ese hermoso corcel de fuego sobre el cual escapa uno del vacío. Ha arribado entonces el vate a ese reino llamado madurez cuando la poesía, además de transformar el mundo en la alegría de la belleza, es también un

conjuro contra la amenaza del destino de manera de transformarlo en una luminosa asunción del infinito. No portan ya las voces sólo el jolgorio de la plenitud de la ventura bajo la dorada bendición solar de los días sino ahora van además cubiertas por la mántica preventiva contra la amenaza del anochecer. "Es el tiempo / quien me nombra / (...) como un Dios perdido / en la memoria del mundo." Aunque tal vez la señal más transparente de la plenitud de un trovador se observa —digo yo— cuando en su lírica reflexiona sobre la poesía misma,

"Por lejos que me encuentre
del día
en que vivo

no desmayo
mirándome envejecido

a veces piedra me veo

y no recuerdo
la periferia donde he vivido
amándome en ti
poesía
que ni muerte me has dado."

Alberto José Pérez nació en el Samán, estado Apure, en 1951, pero su vida literaria la ha desarrollado en Barinas. Fundador y director desde hace muchos años de la revista y de las ediciones *Ican*, ha merecido su obra lírica dos importantes reconocimientos, el pre-

mio "Centenario del nacimiento de Enrique Arvelo Larriva", en 1987, patrocinado por la Universidad Nacional Experimental de los Llanos Occidentales Ezequiel Zamora, y el de la Bienal de Literatura de la Universidad Central de Venezuela, en 1991. Ha publicado hasta el presente *Los gestos tardíos* (1975), *El libro de Barintá* (1994), *Olor de amor* (1995), *Como si valiera un siglo* (1996), *Retrato de memoria del corazón de una mujer* (1997), y *El poeta de quien les hablo* (1999): lamentablemente hay algunas erratas en el prólogo.

Por sobre todos los oficios, necesarios para ganarse el derecho de andar dignamente en la vida, Alberto José Pérez en verdad sólo ha ejercido uno, el de poeta. Constituye la lírica su isla firme a partir de la cual emprendió sus peregrinajes; ayer por los espacios de aquella contemporaneidad donde el mundo parecía haberse alienado del frenesí — sensualista, guerrero, político, artístico, socialista— germinando en los años sesenta; y ahora, al correr de muchos años y de muchos libros, ascenderá el trovador sus pasos, su vuelo de "buen gavilán", más bien por las veredas de la vida íntima, por el laberinto de las cogitaciones, del pensar sobre el temor profundo. De esa erradumbre interiorana aflora al devenir de su temporalidad aún sobre la parda gleba para verter estas singulares vivencias en estrofas preñadas de un nuevo brillar hermoso, sugestivo, cual la luminosidad

del alto sol del atardecer llanero; dirá así, "Muerta la inocencia / el mal ha sido tenaz / me acorrala / como si valiera un siglo."

Conozco a Alberto José Pérez desde cuando prácticamente se inició en la escritura lírica. Definió su vocación, sin ambages, a partir del epicentro mismo de su corazón de artista de la palabra. Por eso trocó con bizarría la oferta de un vivir convencional en la comodidad domesticada por el otro reino, aquel del sobresalto donde el cuerpo no se salvará de padecer los mil infortunios de la cotidianidad a cambio del relámpago de la palabra encantada, de salvar la belleza, el sueño y el espíritu, valga decir el principado de la poesía. Cantó como nadie a sus juveniles fuerzas despertadas ante la opulencia de su mundo, libérrimas cual las extendidas planicies donde nació; exaltó a todo cuanto en sus dilatadas comarcas palpitaba ante el goce de existir, el hombre hecho de aguerrida historia, a la arcilla bendita, a la solariana lluvia de oro celeste, a los árboles, a los caballos, los perros, los animalejos silvestres, los frutos, los ríos, a la maravilla de la mujer, nada contempló sino fue al través del amor, el corcel de fuego de su pasión de vida; y así pasó aquella parte de su vividura, en la plenitud de la gallarda embriaguez de existir, recogida en el testimonio de magníficos poemarios mediante los cuales el vate dona a sus lectores de

hoy, de mañana su ódico tesoro de su sorprendente fabular, su espléndido y patético canto de la vida por sobre todas las miserias, caídas, culpas, errores,

“Que vengan todos
a escuchar
la música que soy
veintitrés de diciembre

que Dios también se acerque
para que vea
como se para un hombre
en el ojo de un huracán
sin melancolía
en la caja de su pecho

abro puertas y ventanas
para que entren flores de Apure
y Alberto José clave una
bandera amarilla en sus ojos.

Y así se llega a este presente colocado en la raya misma de un siglo moribundo y un siglo naciente. Ahora el bardo se ha situado no ya tanto en medio del fulgor de la aventura de existir sino más bien frente al drama de la temporalidad. “Un hombre se pierde / mientras mira desprevenido / el día en que vive”. Las mil respuestas sobre la “intuición pura del tiempo (Kant) no hacen otra cosa sino envolver el misterio del mismo: yacen en el vientre de kronos el absoluto todo mas también la absoluta nada. El reto, en fin, del extravío. Pero ante tan enorme perplejidad del tiempo el poeta

siempre se libra de la miserabilidad del infortunio otorgado por el fatum al través de ese envidiable don exclusivo de él, la palabra mántica, desarrollada en el complejo laboreo de crear mediante la pasión del verbo, el grito transformado en trova, el anhelo hecho canción, en fin las saetas de los vocablos ódicos para decir en cualesquiera de las encrucijadas del tiempo: ¡vida, te conozco bien! O en la hora del tránsito: ¡muerte, aquí estoy, no me sorprenderás ¡

“Todo lo que he soñado
no es el mundo
que ve
cuando despierta

Sale a la calle oloroso a música
Es Dios respirando
Colores

Contesta saludos
invita a café y suspira

común y corriente
el poeta de quien les hablo.”

Mucho se podría escribir sobre esta antología de Alberto José Pérez para destacar sólo el drama del vate con su temporalidad que impone su final. Quiero concluir sin embargo con una afirmación recogida en mi ensayo titulado “*Saeta es el tiempo*” y publicado en mi libro *Paseo por el bosque de la palabra encantada* (Mérida, Universidad de Los Andes, 1997, pp. 237-

244): se inserta Alberto José Pérez con su lírica en la mejor poesía de este país, y entre sus coetáneos finiseculares es el más grande trovador de los Llanos Occidentales de Venezuela; numerosos poemarios, de densa textura artística, así lo corroboran. O como escribe él mismo con su humor y fortitud característicos, "un yo poeta / rayo con su trueno / como un espanto."

Lubio Cardozo

Mujer y autobiografía

Bettina Pacheco en *Mujer y autobiografía en la España contemporánea*, Maestría en Literatura Latinoamericana y del Caribe-Lito Formas, San Cristóbal, 2001, 397 pp.

La escritura autobiográfica, que ha sido asimilada como praxis de un género menor, paradójicamente se encuentra entre los más cultivados y difundidos en la actualidad si tomamos las expectativas que obras de este tipo actualmente crean en el mercado librero internacional. La ensayista y profesora universitaria venezolana Bettina Pacheco en *Mujer y autobiografía en la España contemporánea*, [Lito Formas, San Cristóbal, 2001, 397 pp.], intenta explicar muchas de las razones de esas paradojas y para ello se basa en una sistemática revisión de los presupuestos teóricos que desde distin-

tas culturas, lenguas y geografías, se han abonado para la discusión ante este tipo de relatos en los que se involucran nociones de confesión, verdad y máscara.

La autora, consciente de lo polémico del tema se cuida al someter su lectura en el contraste de diversas miradas: discute, dialoga, conceptualiza y cuestiona. Este marco le permite incorporar un conjunto de obras autobiográficas escritas por mujeres, que ponen en sintonía elementos dinámicos como las relaciones entre la historia, la literatura y la antropología, los problemas ontológicos, las correspondencias entre el relato individual y la expresión colectiva, entre las representaciones textuales del yo y la otredad. Todo esto pasa por el necesario deslinde formal de la discursividad, la diferenciación genérica entre la autobiografía, las memorias autobiográficas, las memorias testimoniales y las memorias de ficción.

Para la autora, la apuesta teórica se fundamenta en el deslinde pues considera que es posible valorar la autobiografía como un género que se define por la tensión entre los polos de «realidad» y «ficción». Para ello reelabora un conjunto de categorías que, en su opinión, funcionan como constantes, a las que denomina *autobiografemas*.

Luego de ese necesario tránsito reflexivo que lleva a cabo con indudable rigor conceptual, confronta posiciones críticas expresa-